boliviano, y que allí encontrára la desgraciada solucion que hemos visto, toda la importancia de una victoria colosal; es decir la de hacerlos dueños del codiciado desierto de Tarapacá, y de aquel Iquique mismo, que ellos deseaban tanto y al cual tenian tanto miedo de acercarse.

A la defensa de Iquique, despues de haber salido el ejército perú-boliviano que se desuniera mas tarde al pié del cerro de San Francisco, no habia quedado mas que una division de 1500 hombres, la cual fué llamada luego por el General Buendia á Tarapacá, para donde salió el dia 22. Con la salida de esta última fuerza, Iquique se quedó sin guarnicion, y hasta sin policia, entregado á sí mismo; y el Prefecto (Gobernador) creyó conveniente *liar el petate* y entregar la ciudad al Cuerpo Consular extrangero; el cual, no sabemos si por encargo del mismo Prefecto, ó de *motu propio*, para salvarla del furor del ejército chileno, que ciertamente la hubiera tomado sin fatiga alguna, cuando hubiese querido, la entregó á su vez al Comandante del blindado chileno *Cochrane*, que bloqueaba el puerto, el cual tomó posesion de ella en nombre de Chile, desembarcando unos sesenta marineros de la tripulacion de su buque.

¡El Perú se suicidaba; y Chile hacia de sepulturero, recogiendo el cadaver!

IX

BATALLA DE TARAPACÁ

RESÚMEN

Cuatro dias despues de la batalla de San Francisco, los chilenos alcanzan al ejército peruano en Tarapacá. – Esperan refuerzos. – Contingentes respectivos de los ejércitos. – El ejército peruano estaba desorganizado. – Tarapacá. – Sorpresa y valerosa defensa de los peruanos. – El historiador Mackenna quiere atenuar la derrota de los chilenos. – Los peruanos, aun faltandoles municiones, obtuvieron una espléndida victoria. – Porque no aprovechó en modo alguno al Perú. – Los peruanos se dirijen á Arica. – Fanfarronadas chilenas. – El desierto de Tarapacá queda en poder de los chilenos.

DESPUES del simulacro de batalla de San Francisco, el ejército chileno permaneció inactivo, como si estuviese clavado en sus posiciones, por espacio de cuatro largos dias; mientras todo exijia que se hubiese puesto inmediatamente en persecucion del enemigo, desde la misma noche del 19: la posicion de éste era tan triste que, une vez alcanzado, hubiera acabado

necesariamente por rendirse. El Estado Mayor chileno no saliò de su torpor sino en la mañana del 24, enviando una pequeña fuerza de caballeria é infanteria por el camino que atravesáran cuatro dias ántes las tropas peruanas.

Esta fuerza llegó sin inconvenientes á Tarapacá; y sabiendo que el enemigo se encontraba provisoriamente acampado alli, en tan deplorables condiciones de hacer suponer que, incapaz de batirse, se habria necesariamente rendido al simple acercarse de una division enemiga, por débil que fuese, su primera idea fué la de adelantarse inmediatamente, é intimarle la rendicion. Despues, escuchando consejo mas prudente, decidió esperar, ántes de intentar la empresa, los refuerzos que diligentemente pidió y obtúvo del cuartel general; y al amanecer del 27, con la completa confianza de hacer prisionero al enemigo sin disparar un tiro, se presentaron los chilenos sobre las alturas que dominan la pequeña aldea de Tarapacá. Sus fuerzas las hacen ellos ascender á 2500 hombres, entre caballeria é infanteria, y diez cañones; los adversarios dicen por el contrario que fueron mas de 5000. A nuestro juicio, ambas cifras son equivocadas: es un hecho, que el combate de Tarapacá fué sostenido por la division *Arteaga*, que el 19 trajo consigo de Pisagua el General en Jefe, y que se quedó en *Jazpampa*, cuando la retirada y dispersion del ejército de los aliados hizo inútil su presencia en San Francisco; y puesto que resulta de los documentos y partes oficiales chilenos, que dicha division se componia entónces de 3500 hombres (1), todo dice y hace creer que éste precisamente, aumentado con los 400 hombres que habian salido ántes de Dolores, fuese el número de los chilenos que tomaron parte en la jornada de Tarapacá, es decir 3900 entre todos.

En cuanto á los peruanos, no pasaban de 5000, de los cuales,

(1) Vease V. MACKENNA, *Obra cit.*, t. II, pag. 912.

cerca de 3600 se encontraban en la aldea misma de Tarapacá, y 1400 unas cuantas millas mas allá, en Pachica, en marcha para Arica; de manera que las primeras 6 horas de combate, comenzando desde las 9 de la mañana, fueron sostenidas unicamente por los 3600 hombres que se hallaban en Tarapacá. La division de Pachica tuvo noticia de la llegada de los chilenos en Tarapacá, en el momento mismo en que comenzaba la lucha, mientras se preparaba á continuar su marcha hácia Arica: no pudo encontrarse sobre el campo de batalla sino á las 3 de la tarde; y como facilmente se comprende, fué la que decidió del éxito de la jornada (1).

Atendiendo á los precedentes de San Francisco y al lamentable estado en que se encontraban los batallones peruanos en Tarapacá, la confianza que animaba á los chilenos, de hacerlos prisioneros con poca ó ninguna fatiga, no era completamente sin fundamento.

En direccion á Arica, donde principalmente los empujaba la falta de vituallas, el hambre que lentamente los consumia desde tantos dias, los peruanos se habian detenido en Tarapacá con el solo objeto de hallar un poco de reposo despues de tantos dias de largas y fatigosas marchas, y de esperar la quinta division que habia salido la última de Iquique, para entrar reunidos en Arica. Esta division, caminando á marchas mas que forzadas

(1) « El General Buendia llegó á contar en Tarapacá mas de 5000 hombres.... Tan lejos estaban de pensar que serian perseguidos, que el mismo dia 26 mandó el General Buendia que marchasen adelante (*por el camino de Arica*) dos destacamentos con unos 1400 hombres, y él quedó en Tarapacá con otros 3600 que necesitaban todavia de una noche de descanso. Allí durmieron como en los dias de mas perfecta paz, sin siquiera colocar centinelas avanzadas en los alrededores y sin sospechar que el enemigo se hallaba en las inmediaciones. »

BARROS-ARANA, *Historia de la Guerra del Pacífico*, pag. 171.

en un desierto impracticable, por seis dias consecutivos, habia llegado á Tarapacá, rendida y fatigada, la mañana del dia ántes, 26; cuando, en atencion á los muy pocos recursos que pudo ofrecer la pequeña aldea de Tarapacá, era preciso ya salir de allí. Sin embargo, para dar un dia á lo ménos de reposo á esta division, que literalmente no se tenia de pié, se hizo salir adelante una division de 1400 hombres (la que luego volvió desde Pachica), aplazando la salida del resto del ejército para las últimas horas del dia despues, 27.

Por consiguiente, la mañana del 27, casi en el momento de emprender la desastrosa marcha, que tenia todo el aspecto é importancia de una fuga – pues sino del enemigo, huian de las privaciones del desierto – el pequeño ejército del Perú hallábase aun como lo vimos al alejarse de las faldas de San Francisco, en estado de completa desorganizacion. Salvo pocas excepciones, puede decirse que no habia oficiales: los que no habian desertado despues de los hechos de San Francisco, habian perdido todo prestigio ante sus soldados, los cuales no podian dejar de reprocharles su mala conducta del dia 19, delante del enemigo. Habia, es verdad, unos cuantos oficiales que, por sí mismos muy dignos de consideracion, todavia conservaban su propia autoridad, como Buendia, Suárez, Cáceres, Bolognesi y Rios que mandaba la division que habia llegado de Iquique, y otros de igual mérito: pero, si con sus esfuerzos podian conseguir mantener unida aquella gente (lo que no era poco en aquellas circunstancias, y que hubiera sido imposible con soldados ménos buenos), no eran suficientes para atender á todo, y para levantar el espíritu de aquellos hombres que, despues de haberse visto tan mal dirigidos y guiados, y hasta cierto punto víctimas de la traicion de sus jefes mas inmediatos, se veian todavia rodeados de dificultades y privaciones de todo genero, con la terrible perspectiva mas ó ménos próxima de tener que sufrir el hambre

mas espantosa quien sabe por cuantos dias. Disciplina, por consiguiente, tenian poca ó ninguna; y exceptuando el hecho de permanecer todos juntos, de no desertar, cada uno tenia tácitamente la facultad de obrar á su albedrío.

Como prueba de cuanto antecede baste saber, que no hacian ninguna de las tantas operaciones propias á un ejército en campaña, ni aun las que tan imperiosamente exijia su misma seguridad personal. Nadie pensaba al enemigo que dejaban á las espaldas, y que debian suponer ocupado en su persecucion: vivian en el mayor olvido de todo, sin avanzadas, sin patrullas de inspeccion y sin tener ni aun siquiera una centinela que pudiera avisarles su llegada, en el caso nada improbable de que ésto llegase á suceder. Y aqui hay que advertir, que situada la pequeña aldea de Tarapacá en el fondo de un estrecho valle, cuya mayor anchura no pasa de un kilómetro, entre dos cadenas de cerros elevados y escabrosos, su situacion debia necesariamente ser de las mas críticas y dificiles en el caso de una sorpresa por parte del enemigo, el cual podia ocupar sin ser apercibido las alturas de los cerros, como efectivamente sucedió la mañana del 27, y desde allí fusilarlos á mansalva, ántes que tuvieran tiempo de salir de aquella especie de profundo canal en que se encontraban (1).

---

(1) « En el momento en que llegaba el Comandante Santa Cruz (*Jefe de un batallon chileno*) frente al pueblo de Tarapacá, hallábase entregado el ejército peruano, salvado unicamente por la inercia culpable de nuestros Jefes, en las pacificas tareas de cuartel, las armas en pabellones en las calles, en los patios, bajo los corredores y los árboles, hirviendo en las pailas de fierro de los cuerpos el escaso arroz y la mas escasa carne de su vianda, sin un puesto avanzado, sin un puesto á caballo ó á pié para dar aviso.... El desgreño de la confianza era absoluto, y nadie á esas horas pensaba sino en seguir pacificamente el derrotero de los altos, volviendo la espalda al osado invasor.... La division Rios vino ese mismo dia (*la*

Esta circunstancia era precisamente la que fortalecia mas la confianza que abrigaba el ejército chileno de hacerlos prisioneros á poca costa, pareciendole, y no sin razon, casi imposible toda tentativa de resistencia, una vez que se hubiesen dejado sorprender en Tarapacá, aun independientemente de toda otra consideracion.

Como la sorpresa sucediera, y como los peruanos encontraron medio de salir de su dificil y casi desesperada situacion, lo sabremos por el escritor chileno tantas veces citado.

« Hallabase el Coronel Suárez bajo un corredor, firmando una papeleta para distribuir unas pocas libras de carne de llama al batallon Iquique – 35 libras por batallon – cuando, apeandose de sus mulas tres arrieros que habian salido en la mañana á sus quehaceres por los cerros del oriente, corrieron á decirle que el enemigo coronaba las alturas por el lado opuesto. Y no habian aquellos acabado de hablar, cuando otro arriero revolvia del camino de Iquique con la misma terrible noticia.... Eran las nueve y media de la mañana del 27 de Noviembre.... cuando oyóse en todos los cuarteles y puntos de hospedaje del bajio el bronco sonar de las cajas de guerra que tocaban generala.... alistaronse todos, sin acuerdo previo, para salir de la ratonera en que estaban metidos, dominando á un mismo tiempo las alturas del sur-oeste y del nord-oeste que emparedaban la quebrada como hondo cementerio.... No habia por allí senderos practicables, pero los soldados alentados generosamente por sus oficiales, trepaban los farellones á manera de gamos, apoyandose en sus rifles.... El Coronel Suarez, Jefe del Estado Mayor, esta

de Iquique que habia llegado por el contrario el dia ántes) trayendo, sino viveres, un precioso repuesto de municiones, que era la gran carencia del momento. »

V. MACKENNA, *Obra cit.*, t. II, pag. 1039.

vez como en todas las precedentes iba adelante, y su ágil caballo blanco, encorvandose en la ladera para afianzar sus cascos y su avance, era el punto de mira de todo el ejército electrizado por el ejemplo. Eran las diez de la mañana, y la terrible batalla de Tarapacá que fué propiamente una serie de batallas en un mismo Campo Santo, iba á comenzar (1). »

El soldado peruano probó una vez mas, en la sangrienta lucha de Tarapacá, como en los tiempos de la guerra de la independencia, sus excelentes cualidades personales, y lo mucho que se podria conseguir de él si tuviese una buena oficialidad. Sorprendido por el enemigo cuando ménos se lo esperaba, casi encerrado en un foso sin salida, y cuando por sus excepcionales condiciones del momento, asi materiales como morales, debia necesariamente encontrarse tan débil de ánimo como de cuerpo, supo, no solamente salir del foso para ponerse enfrente de un enemigo que lo dominaba y fusilaba á discrecion, sino tambien combatir valerosamente durante largas horas, y conseguir una victoria tan espléndida como inesperada. Para obtener todo ésto, no pudo contar mas que sobre su valor personal, sostenido apénas por el ejemplo y la voz de un pequeño número de buenos oficiales. Sin artilleria y sin caballeria, de que el enemigo estaba abundantemente provisto, sin plan de batalla y sin hallarse confortado por alimentos buenos y suficientes (habiendo sido sorprendido mientras se estaba preparando el mezquino rancho, al cual estaba reducido desde algun tiempo), el soldado peruano se adelantó intrépido y resuelto contra el enemigo; lo fué á buscar hasta dentro de sus mismas posiciones, que estaban defendidas por diez buenos cañones y por las bien aprovechadas asperezas del suelo; y luchando cuerpo á cuerpo, en un encarnizado combate varias veces suspendido, para tomar aliento

(1) V. MACKENNA, *Obra cit.*, t. II, pag. 1042 á 1044.

y volverlo á empeñar cada vez con vigor siempre creciente, le tomó sus cañones y sus banderas, lo desalojó de sus posiciones, y lo hizo retroceder varias millas en completa derrota. Si el soldado peruano hubiese tenido todavia á su disposicion, suficientes cartuchos para seguir haciendo fuego diez minutos mas, la jornada hubiera concluido con la pérdida completa é inevitable de toda la gruesa division chilena (1).

Aunque, movido por su escusable amor de patria, se afane *Mackenna* en atenuar la indudable derrota de los suyos, la verdad no deja de hacerse de vez en cuando camino, aunque mas ó ménos ahogada, en el curso de su apasionada narracion: así es que exclama: « La pérdida que mas profundamente aflijiera el corazon de la República en aquella luctuosa jornada, en que por la primera vez en *larga historia* (*¡ un pais que nació ayer !*)

(1) « .... Al principio del combate éramos escasamente 3000 hombres de infantería, batiendonos contra una fuerza de 5000, dotada de las tres armas y provista de todos los elementos de guerra, porque no solamente éramos inferiores en el número y nos faltaba caballería, sino que nuestros mismos infantes *se encontraron sin municiones en ún momento dado,* teniendo que recoger los rifles y las cápsulas de los muertos, heridos y dispersos enemigos.... En diez horas de rudo y encarnizado combate, todos aquellos poderosos elementos (*del ejército enemigo*) fueron destrozados por la intrepidez y denuedo de nuestros soldados; la infantería y la caballería huyeron en dispersion; la artillería quedó en nuestro poder, como tambien un estandarte, algunas banderas y numerosos prisioneros.... »

Del parte oficial del General en Jefe, Buendia.

« .... La sola ascension hasta el nivel de los baluartes contrarios es por si misma un triunfo, porque la ciudad que nos servia de cuartel general está por todas partes dominada.... Antes de combatir, hemos tenido que ponernos en condiciones de hacerlo, entregandonos indefensos á los tiros de los contrarios.... El enemigo ocupaba al principiar la accion un campamento de casi una legua, entre el alto de la cuesta de Arica y el de Visagras, y al concluir habia retrocedido hasta al cerro de *Minita;* dos leguas mas alla de sus atrincheramientos.... »

Del parte oficial del Jefe del Estado Mayor, B. Suarez.

dejó Chile sus cañones y su bandera en manos enemigas, fué aquella de los dos Jefes etc. etc.... La derrota tan temida por el chileno, va á consumarse... Pero ¡oh fortuna! las filas peruanas vacilan y se detienen en medio de la pampa. ¿Qué acontece? ¿Qué órden, ni cual causa sujétalas misteriosamente en el camino de su inminente victoria? » Despues, enumeradas con su habitual prolijidad las diversas causas, comprendida la de la falta de municiones, que á su entender, detuvieron en el mejor momento las tropas peruanas, continua: « No es posible precisar duda tan árdua, porque lo mas cierto tal vez fué que todas esas causas influyeron á la vez en la mente de los Jefes peruanos para *contener el final avance que iba á traer á sus banderas un señalado é histórico triunfo* (1). »

Ya en completa derrota, los chilenos no hacian mas que huir á la desbandada por el camino de su cuartel general de Dolores, de donde esperaban numerosos refuerzos, cuando los peruanos, que desde largo rato no hacian fuego mas que con las armas y municiones de los muertos y heridos chilenos, viendo que no tenian un solo cartucho que quemar, se encontraron obligados á detener una persecucion ya bastante prolongada; y es indudable, que si hubiesen tenido un poco de caballeria ó algunas municiones mas, el ejército chileno se hubiera visto obligado, ó á caer prisionero, ó á dejarse acuchillar impunemente; porque hacia tiempo ya que no oponia ninguna resistencia, si se exceptuan solamente algunos raros casos de individuos aislados, que de cuando en cuando descargaban todavia sus armas. Pero, si favorecido por un evento tan extraño á él y á su accion, pudo el ejército chileno tan inesperadamente salvarse de una ruina cierta y completa, no por ésto la jornada de Tarapacá dejó de ser una espléndida victoria para las armas peruanas;

(1) *Obra cit.*, t. II, pag. 1121 y 1178.

victoria que será para la historia tanto mas bella y significativa, cuanto mas justamente se calcule la diversa situacion en que se encontraban los dos ejércitos combatientes. Las pérdidas fueron: muertos y heridos chilenos 758, prisioneros 56; muertos y heridos peruanos 497.

Sin embargo, esta victoria, la única que cuente el Perú en todo el curso de la guerra, y tan bien ganada como hemos visto, no pudo en modo alguno mejorar la suerte de la lucha en la cual se hallaba empeñado, atendida la excepcional condicion, que el lector conoce, en la cual se encontraba el ejército vencedor, y que la victoria no modificó ni podia modificar. Tenia necesidad de víveres, de pan; y la victoria conseguida sobre el enemigo no podia darselos, porque no era éste quien lo privaba de tales artículos de primera necesidad, sino el desierto que lo rodeaba por todas partes, y la incapacidad del Presidente de la República y director supremo de la guerra, que indolente y ocioso en Arica, nada habia hecho y nada hizo para socorrerlo. Tenia necesidad de municiones de guerra, de cartuchos; y la victoria no hizo mas que hacerle consumar los pocos que aun le quedaban. Su situacion, despues de la victoria, era todavia mas desesperada que ántes. Aun prescindiendo de la imposibilidad de mantenerse en Tarapacá sin víveres; si el enemigo volvia al ataque, lo que era fuera de duda, teniendo cerca de siete mil hombres todavia en el próximo campo de Dolores, no hubiera podido responder á sus fuegos, ni aun con un solo disparo.

De consiguiente, el ejército vencedor se vió obligado á continuar sin demora su marcha hácia Arica, ya fijada para aquel mismo dia 27. La victoria no habia podido influir mas que en retardarla de algunas horas; y á la media noche, entre el 27 y el 28, mientras los deshechos batallones chilenos, temerosos de ser atacados al amanecer se alejaban á toda prisa del último campo de batalla, las victoriosas fuerzas peruanas, despues de haber escondido bajo la arena los cañones tomados al enemigo y que por falta de caballos no podian llevarse consigo, se ponian lentamente en camino, tristes y hambrientos, en direccion á Arica.

Gracias á ésto, el ejército chileno quedó único señor y dueño en el desierto de Tarapacá; y tanto los hombres políticos como los escritores de Chile sacaron argumento de aquí, para negar la derrota sufrida por las armas de su país en la batalla de Tarapacá, la única que se hubiese realmente combatido hasta entónces; pues, como el lector ha visto, no puede darse ese nombre ni al desigual combate de Pisagua, donde 900 bolivianos y peruanos fueron embestidos por diez mil chilenos, ni á la insignificante escaramuza de San Francisco, que se redujo unicamente al intempestivo y aislado ataque de una sola division peruana contra las formidables posiciones chilenas; ataque que el mismo ejército chileno consideró como un simple reconocimiento preliminar hecho por el enemigo; de tal manera que se preparó para la verdadera batalla que creia aplazada para el dia siguiente, y que la desercion de las divisiones bolivianas y la felonía de algunos jefes y oficiales peruanos hizo imposible.

Dice *Mackenna:* « Los dos ejércitos alejábanse del sitio por opuestos rumbos (*varias horas despues del combate*) silenciosos y sombríos.... El enemigo que se creia transitoriamente vencedor por las ventajas momentáneas del asalto, comenzaba la *fuga* hácia Arica, abandonando en el campo de batalla sus heridos (1), los cañones que nos habian arrebatado *por acaso*, y el país que nosotros habiamos venido á quitarles *por la razon ó por la fuerza*.

(1) Los heridos, que por falta de ambulancia no pudieron llevarse con ellos, fueron confiados por los peruanos en la pequeña aldea de Tarapacá á los cuidados de sus habitantes.

¿Cuyo era entónces y en definitiva el vencimiento militar? A la verdad, si en la quebrada de Tarapacá hubiera habido victoria para los enemigos y provocadores injustos de Chile (*siempre la misma fábula del lobo* y *el cordero*), habria sido ella *interina*, si tal pudiera llamarse, al paso quel el éxito de las operaciones que allí terminaron fué para las armas de Chile un éxito asombroso y completo (1). »

El éxito de las operaciones á que se refiere el historiador chileno, fué la posesion del desierto da Tarapacá. Pero, como hemos visto ya, esta posesion no fué en manera alguna conquistada por el ejército chileno con la fuerza de las armas; habiendo salido por el contrario, gravemente batido y diezmado, en la única batalla que hubo á sostener con el enemigo en dicho desierto. Esta posesion la obtúvo como simple consecuencia del abandono que hizo de ella el enemigo: abandono que á su vez fué efecto de varias causas, todas independientes de la accion de las armas de Chile; á saber: de la deslealtad ó *retirada* como quiera llamarse, del boliviano Daza; de los malos hábitos revolucionarios de la mayor parte de los Jefes y oficiales del ejército aliado perú-boliviano, y mas que todo, de la incapacidad del Gobierno peruano, que dejó su ejército abandonado á si mismo en medio al vasto desierto, sin víveres y municiones de guerra; de modo que éste debió huir, no del enemigo, sino del territorio mismo que debia defender, y que lo mataba de inanicion. Si el General Prado, que permanecia inutilmente en Arica con cerca de 5000 hombres de los mas escogidos y disciplinados, se hubiese adelantado con una buena provision de víveres y municiones hácia Tarapacá, como era su deber, inmediatamente que tuvo conocimiento de la vuelta de

(1) *Obra cit.*, t. II, pag. 1180 y 1185.

Daza, los sucesos hubieran ciertamente cambiado de aspecto de una manera muy notable.

La posesion del desierto de Tarapacá no fué de consiguiente, como pretende el historiador chileno, el éxito de las operaciones del ejército de Chile, las cuales no pudieron ser mas mezquinas é infelices, á pesar de cuanto lo favoreciera la fortuna, y de los grandes medios de que disponia. Fué por el contrario efecto del inmenso malestar interior que roía por tantos conceptos á las dos Repúblicas aliadas Perú y Bolivia; las cuales, así por mar como por tierra, en la batalla de Tarapacá como en las posteriores de Tacna y de Lima, no fueron de ninguna manera vencidas por el enemigo, sino que se echaron á sus pies ellas mismas, deshechas y aniquiladas por sus facciones políticas internas, y por todos aquellos vicios que eran una consecuencia natural de sus muchos años de revolucion y desgobierno.

Quedando dueño del desierto de Tarapacá, la posesion de cuyas fabulosas riquezas era desde tanto tiempo su sueño dorado, Chile se lanzó sobre ellas con toda el ánsia de una inveterada codicia prodijiosamente crecida con el trascurso del tiempo, de dia en dia, por el largo esperar y por la necesidad que poco á poco se hacía sentir cada vez mas imperiosa, de aliviar con su producto las exháustas arcas del Tesoro. Se instaló en aquel territorio como en su casa; y á la par que los productos aduaneros, hizo suyos tambien todos los del salitre y del guano.